

El Impuesto Unico

PRECIOS DE SUSCRICION

Península un año . . 1'50 peseta
Argentina » » . . 1'— peso
Demás países » » . . 2'— francos
Número suelto, diez céntimos

Órgano mensual de la Liga Española

Fundador Gerente:

Antonio Albendin

OFICINAS:

PLAZA DE LA ALHÓNDIGA, 9
MALAGA

Número atrasado 50 céntimos
PAGO ADELANTADO

Año V

Málaga 1.º de Abril, 1915

Núm. 40

SUMARIO.—La falta de trabajo.—La ola proteccionista.—El Trabajo y el Campo.—La táctica del toro.—Contestando á los ataques.—Diálogo.—Información del extranjero.—Un sueño.—Notas y comentarios.

LA FALTA DE TRABAJO

Hablamos de oferta de trabajo y de demanda de trabajo, pero evidentemente estos son términos relativos. La oferta de trabajo es en todas partes la misma—dos manos vienen siempre al mundo con una boca, 21 varones por cada 20 hembras y la demanda de trabajo tiene que existir siempre mientras los hombres necesiten cosas que únicamente el trabajo puede procurarles. Hablamos de «falta de trabajo» pero evidentemente no es el trabajo lo que escasea mientras la necesidad continua, evidentemente la oferta de trabajo no debe ser demasiado grande ni la demanda de trabajo demasiado pequeña cuando el pueblo padece por la carencia de cosas que el trabajo produce. El desorden verdadero tiene que estar en que algo impide a la oferta satisfacer la demanda, en que en alguna parte hay un obstáculo que impide al trabajo producir las cosas que los trabajadores necesitan.

Pongamos el caso de cualquiera de esas vastas masas de hombres parados, a quienes aunque nunca han oído hablar de Malthus les parece hoy que hay demasiada gente en el mundo.

En su propia penuria, en las necesidades de su angustiada mujer, en las demandas para su cara mitad, quizás, en el hambre y el frío de sus hijos hay bastante demanda de trabajo ¡el cielo lo sabe!; en sus propias manos voluntariosas está la oferta. Viviera sobre una isla solitaria, y aunque privado de todas las enormes ventajas que la cooperación, asociación y maquinaria de una sociedad civilizada da a la potencia productora de los hombres, aun sus dos manos llenarían las bocas y conservarían el calor de sus seres queridos. Sin embargo donde el poder productivo está en su más alto grado de desarrollo no puede hacerlo. ¿Por qué? ¿No es porque en un caso tiene acceso á las materias y fuerzas de la naturaleza y en el otro este acceso le es negado?

Ahora bien. ¿Por qué tienen que trabajar los hombres por tan bajos salarios? Porque si pidieran sala-

rios más altos serían inmediatamente sustituidos por otros hombres que están parados. Es esta masa de hombres parados la que obliga a la fiera competencia que baja los salarios hasta el punto de una mísera subsistencia. ¿Por qué hay hombres que no pueden encontrar empleo? ¿Habeis pensado qué cosa tan extraña es que los hombres no puedan encontrar empleo? Si los hombres no pueden encontrar patrono ¿por qué no se emplean a sí propios? Sencillamente porque se les ha cerrado el acceso al único elemento en que puede ejercitarse el trabajo humano; los hombres son obligados á competir entre sí por los salarios de un patrono porque les han sido robadas las naturales posibilidades para emplearse a sí propios; porque no pueden encontrar un pedazo del planeta que es de Dios sobre el cual trabajar sin pagar á alguna otra criatura humana por el privilegio.

Aplaudimos como bienhechores públicos aquellos que, como decimos, «dan trabajo». Hablamos constantemente como si este «suministro de empleo» este «dar trabajo» fuera la mayor dádiva que podía hacerse á la sociedad. Agrupando cuanto se ha dicho y cuanto se ha escrito, acerca de esto, creeríase que la causa de la miseria es que no hay bastante trabajo para tanta gente y que si el Creador hubiese hecho la roca más dura, el suelo menos fértil, el hierro tan escaso como el oro y el oro como los diamantes; ó si los barcos fuesen sumergidos y las ciudades quemadas con frecuencia, habría menos miseria, porque habría más trabajo que hacer.

Afirmáis el derecho de los trabajadores a ocupación y su derecho a recibir de sus patronos un cierto salario indefinido. Tales derechos no existen. Nadie tiene derecho á pedir empleo a otro ni a pedirle salarios más altos que los que el otro quiera darle, ni hacer de manera alguna presión sobre otro para obligarle a que eleve los salarios contra su voluntad. No puede haber justificación moral para tales demandas hechas por los

trabajadores a los patronos mejor que la habría para que los patronos pidieran que los trabajadores fueran obligados a trabajar para ellos cuando no quieren hacerlo y aceptar salarios más bajos que los que quieren alcanzar.

El derecho natural que cada hombre tiene no es el de pedir empleo o salarios a otro hombre sino el de emplearse a sí propio —el de aplicar su propio trabajo al inagotable depósito que el Creador ha establecido en la tierra para todos los hombres. Si estuviera abierto ese almacén, como sería abierto por el impuesto único, la demanda natural de trabajo se mantendría equilibrada con la oferta, el hombre que vendiera trabajo y el hombre que lo comprara serían libres cambiantes para ventaja mutua y toda causa de disputa entre trabajador y patrono desaparecería. Así mismo, siendo todos libres para emplearse a sí propios la mera oportunidad para trabajar cesaría de parecer un don; y puesto que nadie trabajaría para otro por menos, de lo que podría ganar trabajando para sí propio, los salarios subirían necesariamente hasta su valor pleno y las relaciones entre obrero y patrono serían reguladas por el interés y la conveniencia mutua.

Henry George

LA OLA PROTECCIONISTA

La estúpida creencia de que los intereses de una nación son antagónicos con los de las demás, es la causa de la actual guerra y la última superstición que saldrá de las cabezas del vulgo. Hay que atacarla con vigor y hacer comprender que la violación de los derechos naturales perpetrada por las tarifas de aduana está inseparablemente ligada con la otra violación de los mismos derechos que consiste en obligar a las masas a pagar un tributo para poder vivir. Si una de las dos subsiste, la otra no podrá ser abolida.

Por desgracia, están lejanos los tiempos en que esta verdad sea universalmente reconocida. Basta ojear la prensa de todas partes para ver como se atrinchera cada vez más el espíritu proteccionista aunque toda persona medianamente culta debiera avergonzarse de profesar tal sistema.

El director del semanario *Nuevo Mundo*, al hacer la crónica de la guerra, aconseja que España se prepare a atrincherarse bien en el proteccionismo: «antes que llegue la paz, dice, sería menester que desaparecieran en España hasta las últimas huellas de la antigua lucha entre libre cambio y protección», añade que ya no hay en ninguna parte partidarios incondicionales del libre cambio. Por lo visto para este señor los georgistas no somos nadie.

Después trata con suma ligereza estas cuestiones tan trascendentales y formula una ley general sancionada por la historia: «que después de la guerra las naciones tienden a aislarse económicamente».

Dice que cuando estudiaba en la Escuela de Caminos se argumentaba en contra del proteccionismo como si viviéramos en el paraíso y no en un planeta dividido en naciones con fronteras. «Si esta guerra enseña algo, este algo es que mientras sean posibles los conflictos, cada nación debe bastarse para satisfacer sus necesidades».

«En cuanto a España hay que extender la protección arancelaria no solamente a las industrias sino que, prescindiendo por algunos años del abaratamiento de algunas subsistencias, debe proteger la agricultura y la ganadería de un modo decidido a fin de hacer posible la regeneración nacional, pues cuando el jornalero esté mejor recompensado podrá pagar el pan y la carne a un precio remunerador para el agricultor y el ganadero». En suma, con esta política se estimula y ayuda al trabajo nacional».

Y nosotros preguntamos: ¿Cuándo ha visto el Sr. Urgoiti ni nadie que si un industrial, un agricultor o un ganadero gana más, por aumento del precio a que vende sus productos, reparta el aumento aumentando los jornales de sus obreros? Eso si que es vivir en el paraíso y no en este planeta de monopolios, donde la fiera competencia de los obreros parados fuerza los jornales hacia abajo cualesquiera que sean los beneficios que los explotadores logren con sus manejos.

El único efecto de las tarifas de aduanas es aumentar artificialmente el precio de las cosas, dando así provechos ilegítimos a algunos industriales e imponiendo un mayor tributo a los demás ciudadanos. Esta alteración de la distribución en su favor, es la que hace vociferar a los que de ella se aprovechan pretextando que lo hacen en favor del obrero. Pero el obrero no vende mercaderías sino su trabajo y venden su trabajo para poder comprar mercancías. ¿Cómo, pues, ha de beneficiarles el aumento de precio de las mercancías? ¿Hay nada más absurdo que afirmar que el aumento de beneficios del patrono se traduce en aumentos de salarios del obrero y que suponiendo esto posible en algunas ocupaciones el aumento de salarios se correría a todas?

Pues dejando el *Nuevo Mundo* para tomar *El Radical*, hace poco nos encontramos con el siguiente argumento que hacía a propósito de simpatías y antipatías entre naciones:

«Alemania nos compra por valor de 74 millones de pesetas y nos vende 139, llevándose por tanto 55 millones de pesetas» y se queda tan fresco...

Si yo fuera comerciante y me trajeran mercancías por valor de 139, millones dando en cambio otras por valor de 74 millones, sacaría la consecuencia contraria a la que saca no solamente *El Radical*, sino la mayoría de la gente al personificar las naciones y hablar de ellas como si fueran individuos.

Para la mayoría de la gente cuanto más exporte una nación y menos importe, tanto más prospera y así se afanan por favorecer la exportación y poner toda clase de trabas a la importación.

Esta confusión tan desastrosa proviene de equiparar las exportaciones de una nación a las ventas

de un comerciante y las importaciones a las compras y por este descuido en el significado de las palabras se cae en el absurdo de creer que prospera una nación cuando las exportaciones son mayores que las importaciones, del mismo modo que prospera un comerciante cuando las ventas exceden a las compras, absurdo que ha producido y está produciendo ríos de sangre y de dinero y que inspira la política de las naciones y las rodea de barreras artificiales para impedir el comercio del mundo.

Si comparamos las transacciones de un comerciante con las de una nación, veremos que los principios son opuestos, es decir que lo que equivale en el comerciante a las exportaciones de la nación no son las mercancías que vende sino el dinero que paga y lo que es análogo a las importaciones no son las mercancías que compra sino el dinero que recibe. Solamente serían los mismos principios en el caso de que cambiara sus mercancías por otras; pero no cuando las venden por dinero. Cuando las mercancías se venden por dinero no se efectúa más que la mitad del cambio, puesto que el comerciante no quiere el dinero para consumirlo sino para usarlo en comprar otras cosas. Cuando compra estas cosas es cuando el cambio se ha efectuado por completo.

Las transacciones entre naciones no se hacen con dinero sino cambiando unas mercancías por otras. Lo que importa una nación se paga con lo que exporta, excepto lo que se recibe en concepto de intereses, dividendos, rentas o tributos como la deuda extranjera, las rentas a los propietarios ausentes, los beneficios de empresas extranjeras y los intereses de sus capitales.

Si un importador compra un cargamento de trigo en la Argentina pagará en dinero español a un banco cuando le presenten la letra a su vencimiento. ¿Hay alguien tan ignorante que suponga que este dinero le envía el banco a la Argentina? Todo el mundo sabe que esta deuda queda cancelada con otra que un banco argentino tenga con el español.

Los balances se cancelan con cheques y la contabilidad es la que ocupa el puesto del dinero en el comercio internacional.

La tendencia a personificar las naciones y atribuirles los mismos móviles y crearlas gobernadas por las mismas leyes que a los individuos que las componen, es natural; pero es desastrosa y contra ella hay que reaccionar.

Antonio Albendin

EL TRABAJO Y EL CAMPO

(Artículo publicado en «El Imparcial»)

Desde el principio de la guerra se previó los dos problemas que la súbita y profunda descomposición del mecanismo económico del mundo había de plantear irremisiblemente en todos los paí-

ses neutrales: el de la escasez y carestía de las subsistencias y el de la aparición de considerables muchedumbres privadas de trabajo.

Al comenzar el próximo pasado otoño, el ministro de Fomento dictó una real orden encaminada a estos dos fines: que los gobernadores y sus subalternos persuadieran a los propietarios de la conveniencia de extender el cultivo a terrenos que hoy permanecen incultos, y facilitar a los labradores semillas, disminuyendo de este modo sus gastos. Esa real orden fué infructuosa. En el Congreso se ha consignado que los labradores que quisieron aprovecharla para obtener semillas se encontraron con que había una disposición en la *Gaceta*, pero no un grano en los depósitos.

Ha pasado el invierno y viene la época de hacer la siembra de primavera. Y el ministro de Fomento dicta otra real orden cuya finalidad y cuya sustancia coinciden exactamente con la que ocupó un espacio en la *Gaceta* en las primeras semanas de otoño. También esta época puede ser aprovechada para extender los cultivos, con el doble resultado de invertir brazos, reduciendo considerablemente el problema del trabajo que, por conveniencia, ya que no sea por patriotismo y por humanidad, como debiera ser, hemos de atenuar, y de ofrecer un rendimiento que mitigue la inevitable carestía que en el conjunto de las subsistencias habrá durante la guerra y en los meses subsiguientes a la guerra. Pero la real orden acaso tenga igual resultado que la anterior. No debe pasar, sin embargo, sin comentario.

Esas reales órdenes amalgaman un acierto con un error. El acierto está en la orientación. El agudísimo problema planteado a España por la guerra no podrá resolverse más que mediante la extensión de los cultivos. En el campo, que espera brazos y promete cosechas, está el destino natural de todas aquellas masas que, transitoria o permanentemente, se quedan sin trabajo. Cuando algunas ramas de la producción se paralizan; cuando la industria restringe su actividad por multitud de causas que a veces tienen su origen en lejanas tierras, los hombres faltos de ocupación, y si no ellos los que ocupan las categorías inferiores en el mundo del trabajo, han de volver sus ojos a las ocupaciones primitivas, a aquella, sobre todo, en que nunca habrá exceso de trabajo ni exceso de producción mientras todas las necesidades nacionales no estén satisfechas y extinguida por completo el hambre, a saber: la agricultura.

Extendiendo el cultivo, roturando campos, la repercusión de la guerra europea, no solamente no hubiera sido dañosa para España, sino que hubiera cooperado a una mayor intensidad en la producción nacional; porque el desenvolvimiento de la riqueza agrícola repercute en todas las demás ramas de la producción y muy especialmente en la manufacturera. Y se hubiera conseguido otro bien inapreciable: el de retener a los braceros en el campo, impidiendo que, impulsados por la necesidad, se acumulen en las ciudades, en las grandes, sobre todo, como ha ocurrido, vertiendo sobre éstas la plaga dolorosísima e ineludible de

una desamparada e irremediable mendicidad.

El error que esas reales órdenes implican está en suponer que los cultivos pueden extenderse mediante consejos y exhortaciones. La existencia o desaparición de las tierras incultas, no en los casos particulares, sino en el conjunto de una nación, es el resultado del juego de fuerzas económicas, sobre las cuales hay que actuar para que aquella situación de las tierras se modifique. Pensar que los gobernadores, mediante circulares, pueden decidir a los propietarios a extender sus cultivos, es de un optimismo excesivo.

Son hechos pertenecientes a la economía los únicos que un gobernante, frente a este problema, tiene que considerar, bien para regirlos, bien para crearlos. Por ejemplo, el alza en el precio de la carne ha despoblado la provincia de Salamanca y convertido los cultivos en dehesas de pastos. La baja en el precio de la carne tal vez transformaría las dehesas en terrenos cultivados. El incremento de las corridas de toros en estos últimos años ha hecho que los ganaderos de toros bravos adquieran cortijos andaluces para expulsar a los cultivadores y convertir las tierras labrantías en prados. La desaparición de las corridas de toros transformaría por completo el campo andaluz.

¿Todo eso va a contrastarlo el Gobierno mediante prosa de la *Gaceta*? En las manos del ministerio de Hacienda estaba haber ejercido la presión necesaria por el impuesto; en las manos del ministerio de Fomento el haber ofrecido ventajas de cierto orden como compensación a esa dilatación de los cultivos; en las manos, semidictatoriales en estas circunstancias, del Gobierno, y en el poder de las Cortes, que han permanecido abiertas, dictar todas aquellas medidas que extendiendo el trabajo por los campos, hubiera significado para el presente un remedio al hambre proletaria, para el porvenir un acrecentamiento de la riqueza española. No lo ha hecho, y por eso no le es dable conjurar totalmente los dos gravísimos problemas del trabajo y de las subsistencias.

LAS LUCHAS PROLETARIAS

La táctica del toro

Si un toro encerrado se irrita y pretende escaparse, embestirá furioso contra la puerta de su cárcel; probablemente se frustrará su deseo. Si un hombre encerrado se impacienta y quiere salir, acude a la puerta, levanta el pestillo y sale; realiza su propósito. En ambos el objetivo es el mismo, el obstáculo idéntico. Varía la táctica; el toro emplea la fuerza y fracasa; el hombre la inteligencia y triunfa.

Las masas obreras se encuentran en la misma situación que ese toro y ese hombre, encerrados en el recinto de la economía contemporánea. La puerta que les cierra el paso es la falsa «ley de bronce del salario». Mientras esa puerta subsista, no se emanciparán. Y al

intentarlo, se les plantea el problema del procedimiento. ¿Qué táctica emplearán? ¿La del toro o la del hombre? ¿La fuerza o la inteligencia?

He ahí todo el problema de las clases proletarias. Hasta ahora los obreros siguen la táctica del toro y se obstinan más y más en ella. Fian solo en la fuerza bruta; en su unión, en su perseverancia. Ignoran que antes de que la puerta caiga estarán extenuados. Sus forcejeos parcialmente destructores, habrán sido inútiles.

¿No sería preferible imitar la táctica del hombre, buscar el pestillo, alzarlo y salir tranquilamente? Para esto contarían con muchas ayudas; para lo primero, no encontrarán más que resistencias. Está en la naturaleza humana, socorrer y auxiliar al que, por su desgracia, no por su culpa, quedó encerrado; pero todos cooperan a fortificar el encierro de una fiera irritada.

La operación es tan segura que, si los obreros, o sus caudillos se plantearan así—y la realidad no lo plantea de otro modo—el problema de la táctica no titubearían un instante.

¿Qué es lo que asegura la cárcel?

Si los jefes del movimiento obrero meditaran se contestarán: «Lo que impide que el obrero abra la puerta del salario de hambre tiene que ser y es lo mismo que impide que el obrero se gane la subsistencia siendo patrono de sí mismo.» ¿Y cuál es ese obstáculo? La imposibilidad de que el hombre encuentre libre acceso a la tierra de donde toda subsistencia tiene que extraerse, y sobre la cual han de vivir. Quien quiera que reflexione un momento comprenderá que si los obreros pudieran ganarse por sí propios la vida, no acudirían a trabajar para otros por un salario mísero; pedirían y obtendrían sin violencia el salario justo, o sea el fruto de su trabajo, la ley de bronce se habría roto; la puerta sería abierta.

¿Porqué los obreros se ven compelidos al encierro, obligados a someterse a un salario insuficiente o morir? Los socialistas tienen por su evangelista a Marx. Pero no han meditado con igualdad sobre todas las partes de su evangelio. Porque el propio Marx señala ya el sistema del cierre de la puerta, y basta ahondar algo para seguir la táctica del hombre y abandonar la del toro. En el tomo II, pag. 289-90 (Edición de Hamburgo, 1894) de *Das Kapital*, dice Marx:

«La nuda propiedad jurídica de la tierra no crea al propietario una renta de monopolio, pero le permite sustraer al cultivo su tierra, hasta que las relaciones económicas consientan un tal disfrute de ella que deje al propietario un excedente, porque la tierra sea dedicada al cultivo o a otros fines, edificación, etc. El propietario no puede, ciertamente, aumentar o disminuir la cantidad absoluta del suelo utilizable, pero sí la cantidad de él que se encuentra en el mercado. Y de aquí, como notaba Fourier, el hecho característico de que en todo país civilizado, una parte de la tierra está continuamente sustraída al cultivo, (y la edificación—habría que añadir).

De suerte que ya Marx, en ese párrafo, apunta estos hechos: 1.º La nuda propiedad jurídica de la tierra, permite al propietario sustraer parte de esta al cultivo y a la edificación; 2.º de aquí proviene que, en todo país civilizado, parte de la tierra esté sustraída al uso; y 3.º esta sustracción tiene por objeto y por resultado constituir una renta de monopolio.

Estos hechos se encuentran corroborados por la observación directa en cada país, y por innumerables escritores. Véanse como testimonio las siguientes palabras de Crombie, en sus *Observations on the emancipation of industry*, pág. 43 (Londres, 1892):

«En Inglaterra oímos hablar continuamente de terrenos que permanecen incultos. ¿Porqué? Porque los propietarios exigen cierta suma de renta y, para vender, esperan hasta poder alcanzarla. Ahí, sustraen a la producción un elemento natural.»

Pero ¿cuál es la consecuencia de esta sustracción? Nos lo dice la información alemana titulada: *Laudar-beiter Deutschl*, tomo I, pág. 330:

«En Baden, los arrendamientos son enormes. Cuando no se encuentran arrendatarios dispuestos a pagar esta renta excesiva, se sustrae la tierra al trabajo y se la convierte en bosque. Lo cual empeora la suerte de los obreros y aumenta el número de los desocupados.»

Pero aumentar los desocupados es acrecentar la competencia por encontrar trabajo, disminuir el salario y encerrar a los obreros con «la ley de bronce.» ¿Puede ser más claro el fenómeno económico? El pestillo de esa puerta es la posibilidad que disfruta el propietario de tierras—de donde ha de salir todo alimento y sobre las que ha de levantarse todo edificio—de sustraerlas al uso, arrojando los obreros al hambre y dañando horriblemente a la sociedad.

Tan notorio es esto que ninguna sombra resiste la luz de los ejemplos. ¿Quién duda que si los propietarios andaluces no pudieran mantener fuera de cultivo millones y millones de hectáreas, subiría inmediatamente el salario del obrero andaluz, habría una mayor demanda de trabajo, marcharían a la tierra andaluza trabajadores de las demás comarcas y disminuiría la competencia de brazos en toda España? ¿Quién duda que, si, por el contrario, se convirtieran en dehesas la mitad de las tierras hoy cultivadas, el bracero rural sería arrojado del campo, se acumularía en las ciudades, aumentaría la competencia de brazos, descendería aún más el salario y agravaría una crisis sin otros remedios eficaces que la mortalidad y la emigración?

Pues ese pestillo es el que hay que levantar para abrir la puerta sin trastornos sociales, sin daño de la riqueza nacional, antes bien, con aumento de ella, y por tanto, de la prosperidad y fortaleza de la Patria.

¿Cómo? Tan claro y sencillo es el remedio como la causa. El propietario sustrae al uso las tierras, porque eso le es útil; hay que contrarrestar esa utilidad por el impuesto. La contribución territorial pesa hoy sobre el producto, y favorece á quien deja de producir. Haciéndola pesar sobre la capacidad productiva—esto es, sobre el valor—favorecería al que produce, aliviándolo de carga, y perjudicaría al que sustrae tierras á la producción. Con este mero cambio, el fenómeno característico de todo país civilizado, señalado por Marx, cesaría, porque habría dejado de ser útil. No buscaría el bracero trabajo, sino el trabajo al bracero. La competencia de brazos cesaría, el salario comenzaría á subir normalmente; la puerta quedaría franca; el obrero libre; y todo ello sin estrago, con aumento de la riqueza pública y elevación de nuestra vida moral.

El gran instrumento de esa pacífica reforma, deben ser los liberales. En Inglaterra, lo están siendo las clases medias ayudadas por las obreras. Es un simple

cambio de táctica: la del hombre reemplazando á la del toro; a la fuerza, la inteligencia; al estrago estéril, la fructuosa paz. En España, ¿se ha preocupado de ese problema, ni tan solo un minuto, el partido liberal? No es temerario afirmar que no.

Baldomero Argente

Contestando á los ataques

Artículo publicado en *El Correo de Asturias* de Oviedo

En «El Pueblo Astur» que se publica en Gijón hemos visto rechazar de plano la proposición del Sr. Don Pancracio García López ponente de la comisión designada para informar sobre los proyectos de traida de aguas y alcantarillado en la parte en que señala como de posible implantación el impuesto sobre el valor del suelo.

En el primer suelto no se dan mas razones para rechazarlo que la de no haberse señalado por falta de datos la cifra aproximada que produciría y añade: «siendo por tanto pura cuestión imaginativa hablar de él y en estos problemas que deben resolverse con cifras, no están muy en su punto las elucubraciones sin base alguna».

Al día siguiente ya encontró más poderosas razones precisamente en la misma ponencia en que se recomienda razones que reproduce porque no puede condenarlo mejor que lo hace el mismo ponente. Helas aquí: «Pero los grandes terratenientes que, sin que ellos tengan la menor intervención, ven aumentar el valor de su propiedad, y sobre los cuales debería ir directamente el impuesto, si bien poseen la tierra, no son quienes se ocupan de trabajarla sino que, arrendándola á colonos, cobran por su alquiler una cantidad. Y el impuesto conque se gravara el valor del suelo, sería transmitido por el propietario al inquilino ya que no existe ley alguna que impida á un terrateniente elevar sus rentas; resultando que en último caso, el impuesto no recaería, salvo circunstancias excepcionales, sino sobre el obrero del campo arrendatario de la tierra»

«Aparte de que hoy sería difficilísima de obtener una ley que permitiera establecer un impuesto sobre el valor del suelo, no produciría otro resultado que aumentar el alquiler de los terrenos y por consecuencia elevar indirectamente el precio de los productos agrícolas con lo cual sería el consumidor quien soportaría el nuevo gravámen confirmándose una vez más la teoría de la transmisión de los impuestos».

Cogido en esta contradicción el Sr. García López queda condenada su proposición que recomienda «con disquisiciones sin finalidad práctica» y afirma «El Pueblo Astur» que el impuesto sobre el valor del suelo queda desechado por sus mismos mantenedores.

Ahora bien, ningún mantenedor del impuesto sobre el valor del suelo incurre en la contradicción ya referi-

da en la que solo caen los que no se toman el trabajo de meditar un poco y como somos legión los mantenedores de dicho impuesto, nos interesa rechazar la afirmación que queda copiada y en su nombre pido hospitalidad en las columnas del «Correo de Asturias» para demostrar la equivocación en que está el Sr. García López y cuantos opinan que el impuesto sobre el valor del suelo es transmisible asunto discutido en el «Heraldo de Madrid» y en «La Tribuna» y que estamos dispuestos á rebatir siempre que haya ocasión.

Empezaremos por hacer ver que una cosa es el impuesto sobre la tierra (tanto por pié ó por hectárea) y otra cosa muy distinta es el impuesto sobre su valor. El primero se transmite, en efecto al colono; pero el segundo no. El primero se transmite porque cayendo por igual tanto en la tierra más pobre ó de peor situación como en la más rica ó de situación más ventajosa no es más que una condición impuesta para explotar cualquier tierra, condición que se puede añadir á la renta para que la pague el arrendatario. Pero un impuesto sobre la renta económica ó valor del suelo no gravaría toda la tierra; solo gravaría la tierra que tiene valor y en proporción de ese valor. No habría que pagarle por las tierras más pobres que son las que siempre determinan la renta y por consiguiente no sería una condición para usarlas.

Un impuesto puede transmitirse siempre que se pueda reducir la oferta del objeto gravado. Cuando esto no es posible, el impuesto no se transmite. Ahora bien, el primer efecto del impuesto sobre el valor del suelo es traer al mercado multitud de tierra valiosa que se mantenía vacante por la especulación. La oferta aumenta en vez de disminuir y el propietario al elevar las rentas se encuentra con un límite que no puede traspasar y como le va siguiendo el impuesto, pues si las duplica se duplica el impuesto, si las triplica, el impuesto es triple y así sucesivamente se ve claro que no lo puede endosar al inquilinato.

Si se gravan los edificios pagarán en definitiva los inquilinos este impuesto porque cesará la construcción de edificios hasta que los alquileres lleguen á subir lo suficiente para recaudar el beneficio acostumbrado más el impuesto. Si se establece un impuesto sobre las manufacturas ó sobre las mercancías importadas al fabricante ó importador lo cargará al consumidor elevando los precios; pero la tierra no es cosa de producción humana y los impuestos sobre su renta no pueden disminuir la oferta sino al contrario aumentarla. Este impuesto al obligar á los terratenientes á pagar más no les facultaría para obtener más altos alquileres puesto que en manera alguna tendería á reducir la oferta de tierra antes al contrario obligando á los que tienen tierra para especulación a venderla o arrendarla por lo que pudieran sacar tendería a aumentar la competencia entre los propietarios y de este modo se reduciría el precio en venta y en renta de la tierra.

Si bien nos cuesta tanto trabajo que el público se entere de la diferencia entre este impuesto y los que

se transmiten, los terratenientes se dan perfecta cuenta de ello y enseguida se oponen alegando que lo transmitirían al colono y este al consumidor. Si esto fuera verdad les tendría sin cuidado y no harían la menor oposición; pero ya se ve como les inquieta el mero anuncio de que puede establecerse y como ponen por delante a las supuestas víctimas de cuyas cargas actuales nadie las defiende.

El impuesto sobre el valor del suelo es el único justo y realizable. Se recurrirá forzosamente á él cuando las catástrofes que están produciendo los demás hagan volver los ojos hacia el único sistema justo y equitativo.

El Presidente de la Liga Española para El Impuesto Unico

Antonio Albendín

Información del Extranjero

Argentina

En respuesta al mensaje elevado por la Liga Argentina, que ya conocen nuestros lectores, al Presidente de la República D. Victorino de la Plaza y al Dr. Menchaca, Gobernador de la Provincia de Santa Fé, han enviado estas autoridades sendas comunicaciones anunciando, el primero que estando verdaderamente persuadido de la importancia de la cuestión ha ordenado se le remita al Ministro de Hacienda para su cuidadoso estudio.

La comunicación del Dr. Menchaca dice así: «Tengo el gusto de acusar recibo de su nota del 27 de Noviembre explicación de las razones que mueven a la Asociación de su presidencia a recomendar la adopción del impuesto único a todos los gobiernos del país como medida de justicia y en armonía con el progreso y las necesidades de la nación.

No cabe duda de que los motivos que animan a esa Asociación no pueden ser más generosos y patrióticos, por lo que sus proposiciones deben ser cuidadosamente estudiadas por las autoridades cuya principal misión es la salvaguardia de los intereses del pueblo que gobiernan. Por estas consideraciones he transmitido la nota al Ministro de Hacienda para su cuidadoso estudio.»

Centro Georgista en Realicó

Un grupo de españoles domiciliados en Realicó han organizado un Centro Georgista que estará en comunicación constante con las Ligas española y argentina.

El Comité ejecutivo lo forman los señores don Andrés Linares, presidente, y D. Rafael Guadix, D. Luis Monreal y D. Higinio Monreal vocales quienes han asumido la dirección de una revista titulada «El Georgista» repartíendola gratis entre los asociados, quienes además se han suscrito a la nuestra.

En la carta en que nos comunican tan agradables noticias dicen que además del espíritu de justicia les anima el acicate de hacer mudar la suerte del inmigrante español y dar un nuevo timbre de gloria a la madre patria.

Reciban nuestra cordial felicitación y bienvenida.

La Tierra

El burro que trabaja tiene encima los arneses, las varas del carro y el látigo del amo. Así el hom-

plifica y el presupuesto se reduce á la mitad.

La aplicación de este impuesto es muy sencilla: se cobra de manera que el aumento en su valor que la tierra adquiere, solamente como tierra, pase á poder de la comunidad y no al bolsillo del terrateniente.

Pues que el trabajo de todos los habitantes determina este aumento de valor, todos tienen derecho á disfrutarlo.

Mientras continúe el terrateniente percibiendo este aumento de valor seguirán todos los habitantes, todas las empresas de progreso y aun el gobierno mismo trabajando para él.

Una hectárea de tierra que está cubierta de matorrales y que valía mil pesos, está lo mismo que antes, siempre cubierta de matorrales y vale diez mil pesos. ¿Quién le agregó este valor de nueve mil pesos? No es el dueño, sino el país entero, por el trabajo de millones de millones de hombres. Es justo, pues, que esos nueve mil pesos sean para el país y que el Estado los emplee en beneficio común.

El propietario tiene en cambio para él, cuanto produzca la tierra, sin multas sobre la producción, sobre las construcciones, ni sobre los ganados. Libre queda de gravámenes cuanto salga de ella y cuanto el hombre fabrique ó ponga sobre ella.

Somos muchos los que á esta hora luchamos en todo el mundo por esta gran reforma.

Somos muchos; cada día seremos más. En aquellos países donde la mayoría gobierna, la reforma está muy próxima.

No lesionamos el derecho de propiedad; ni pretendemos una igualdad imposible.

Si el pueblo despoja al terrateniente de su tierra—comprada con su trabajo—comete una iniquidad. Si el terrateniente despoja al pueblo del fruto de su trabajo, que es la valorización, comete una iniquidad.

Todos trabajamos ahora para que aumente el precio de la tierra. Si se tiende un riel, si se abre un canal, si llega un millón de inmigrantes, aumenta el valor de la tierra, en exclusivo beneficio del privilegiado terrateniente.

Procuramos difundir la agricultura como la más saludable y la más noble ocupación del hombre. ¿De qué sirve esta prédica, si la tierra perma-

UN NEGOCIO SENCILLO



—¿Y qué harás en este terreno?

—Yo, nada absolutamente. Todos, incluso el gobierno, trabajarán para que aumente de valor, y ganaré una fortuna. ¿Te parece mal negocio?

bre que trabaja sobrelleva los impuestos á los consumos, las multas á lo que hace y el látigo del amo de la tierra, que lo obliga á trabajar en lo que él quiere.

Impuesto Unico significa la supresión de los gravámenes con que se castiga á la edificación, las profesiones, la industria y el comercio.

Cuando se ve un hombre que trabaja honradamente, se inventa el medio de multar su actividad.

Si no hay más que un impuesto, el cual se establece sobre la tierra, fácil es su percepción, imposible el fraude, la administración pública se sim-

nece en poder de los hombres que no desean o no precisan trabajar?

Impóngase toda la carga pública a la tierra y se verá que los ociosos y los especuladores se apresuran a deshacerse de ella, dejándola en las manos de quienes edifiquen, de quienes la cultiven y la hagan producir cuanto ella sabe dar.

¿Qué os parece que en este inmenso país de trescientos millones de hectáreas para siete millones de habitantes, haya hasta trescientos seres humanos amontonados en una manzana, comparable a la más inmundada madriguera?

Como el aire, como el sol y como el agua, así es lo tierra necesaria al hombre.

¿Creéis que es hombre de bien el que retiene leguas de campo casi del todo ociosas, mientras millares de trabajadores no tienen para comer lo suficiente, ni pueden proporcionarlo a su familia, ni pueden dar a sus hijos el aire, la luz y el sol que necesitan para crecer en salud?

Nosotros no lo creemos.

Somos muchos los que pensamos de este modo y cada día somos más.

La tierra es la única que nos da los elementos para el alimento, el vestido y la vivienda. Todos tenemos, puesto que vivimos, el derecho a la tierra.

No es posible que tan inmenso número de hombres—pobres hombres enflaquecidos y cargados—esperen a morir para tener derecho a un pedazo de tierra.

Nosotros, pues, decimos: dádsele en vida, por su justo valor, para que la trabajen y críen sus hijos en paz.

Porque así como la mujer es para quien la ama, así la tierra es para aquel que la trabaja.

Y por esto luchamos: porque la tierra y la mujer no tengan otros amos más que el que la trabaja y el que la ama.

Procurad comprender esta doctrina, que es buena; y si no entra en vuestro corazón, endurecido por la iniquidad, no la resistáis; ahorraos inútiles esfuerzos y cavilaciones.

Para vosotros también traerá inmensos beneficios la reforma.

Perderéis uno y recogeréis un ciento.

Buscamos el bien de todos los hombres, y no el de algunos hombres, porque a todos amamos, y más aún a aquellos que padecen la pena de no amar.

Constancio C. Vigil.

Estados Unidos

Las causas económicas de las enfermedades

El General Gorgas, de sanidad militar, que goza de bien merecida fama por haber desterrado el vómito, la fiebre amarilla y el tifus de la Isla de Cuba a raíz de la intervención del gobierno de su país y últimamente con el mismo éxito en Panamá, ha leído recientemente «Progreso y Miseria» y ha quedado convertido al georgismo del que es actualmente un esforzado paladín.

Los single-taxers de Cleveland y de Nueva-York le han obsequiado con sendos banquetes, al final de los cuales el festejado repitió su profesión de fé georgista diciendo que cuando su gobierno le comisione de nuevo para sanear una zona o un país, procurará lo primero hacer que suban los salarios como la medida más eficaz que pueda establecerse.

En su discurso de Nueva-York, que tituló: «Causas económicas de las enfermedades» empezó por recordar la obra hecha en los Estados Unidos para la supresión de la fiebre amarilla y demás epidemias; expuso como ha logrado que desaparezcan las fiebres en Panamá con solo trasladar a los obreros a tierras libres donde pudieran edificar sus habitaciones con muy poco coste y añadió: «lo que se ha hecho allí en pequeña escala es preciso hacerlo aquí en grande escala. El principio es el mismo.»

Dijo que las causas de la pneumonía era bien conocida y debida a un parásito vegetal; pero la forma del contagio está lejos de conocerse aunque es probable sea como para la fiebre tifoidea. Pero si sabemos que a medida que el hacinamiento disminuye la proporción del contagio es mucho menor y llega a desaparecer cuando la población se mueve y vive en saludables relaciones de distancia entre los individuos. Esto no puede corregirse más que haciendo bajar las rentas o alquileres con lo cual se acabarían los hacinamientos, que son los focos de las epidemias.

Añadió que habiendo estudiado cuidadosamente la relación entre los salarios altos y las enfermedades, había llegado a adquirir el convencimiento de que el alza de los salarios tiende siempre a disminuir toda clase de enfermedades. A esta conclusión ha llegado por la observación y la experiencia y presentó ejemplos sacados «de lo que ha visto y de lo que a él le ha pasado.»

Dijo que siempre que le habían encargado de sanear un país le habían facultado con el poder necesario para legislar en cuestiones sanitarias; pero que aunque le dieran el poder para implantar esta medida que viene recomendando y que espera verla adoptada por el pueblo, no se la impondría porque es mejor educar al pueblo para que sienta su necesidad y la pida.

Terminó su magnífico discurso con estas palabras: «La mejor medida sanitaria que puede adoptarse en todo gobierno de cualquier país es el impuesto único.»

Entre los asistentes a este banquete, que eran más de 250, se hallaban Mrs. Mary Fels y los señores Murphy, Garland Polak, Ingersoll y otros conspicuos single-taxers.

Francia

Carta de Mr. Georges Darien

París 15 de Marzo de 1915.

Querido Albendín:

En medio de las tristezas del momento actual, es un consuelo para los pueblos metidos en el conflicto, el ver que

las naciones que han sabido conservar su neutralidad, no olvidan que no es el cañón, sino la razón la que en definitiva decidirá de los destinos del mundo. Entre los relatos de insensatas carnicerías y estúpidas devastaciones tenemos la satisfacción de leer que en los Estados Unidos nuestra doctrina desarrolla su acción rápidamente bajo el enérgico impulso dado por Mrs. Fels así como tenemos el placer de ver como gana continuamente terreno en España y en los países de habla española, la propaganda por el establecimiento de un régimen social racional, gracias a los esfuerzos tan pacientes y perseverantes de usted.

Nunca se debe desear el mal con el fin de producir el bien. Pero cuando el mal surge tan de improviso, séanos permitido esperar que el espectáculo de los desastres causados hará reflexionar a los hombres y los llevará a preguntarse si el único resultado del progreso ha de consistir en la mayor facilidad para degollarse mutuamente y con mayor ferocidad.

No hay que ser un sociólogo profundo para ver que los motivos del tremendo conflicto actual son principalmente de orden económico. Si los pueblos vivieran con métodos racionales ¿necesitarían acometerse para el despojo mutuo? ¿Qué hacen del suelo que habitan que aseguraría la abundancia a poblaciones mucho más numerosas con solo ponerle en explotación? La Gran Bretaña tiene su territorio poco menos que inculto. Alemania tuvo que importar en 1913 sustancias alimenticias por valor de 5000 millones de francos; en nuestra misma Francia la tercera parte del terreno está inculta y otra tercera parte a medio cultivar.

Decía el Dr. Quesnay: «Millones de hombres en la miseria y millones de hectáreas incultas no hacen más que manifestar la agonía de un estado» y en efecto bajo nuestro régimen de propiedad, la mayoría de la población se ve condenada a una existencia precaria, padece la tortura de un mañana incierto, en condiciones que la convierten en un verdadero rebaño; desesperada al ver como se le cierra el territorio nacional que le es necesario para su existencia se entrega a toda clase de corrupciones. Como dice Quesnay: «Los hombres buscan su bienestar y la riqueza y para lograrlo nunca sienten pereza. Su holgazanería no consiste más que en su impotencia y esta impotencia es efecto de los gobiernos».

El Estado multiplica las leyes y reglamentos para mantener en la obediencia a los rebaños humanos que no tienen ningún interés real en su patria. La autoridad anónima ata a las multitudes anónimas como con una camisa de fuerza. Detrás de la autoridad, como disfrazados con caretas, se ocultan los prepotentes intereses económicos y financieros, los privilegios y los monopolios. Exclamaba Quesnay: «El despotismo no es más que una liga del soberano con algunos cuerpos del Estado que se han hecho más poderosos que el mismo soberano».

Como puede usted notar, no me canso de citar al fundador de la Fisiocracia porque los fisiócratas habían analizado genialmente los más ocultos resortes de las sociedades no solamente de su época sino de todos los tiempos. Por ejemplo, esta frase de Quesnay: «Reglamentándolo todo es como se para todo» ¿no encuentra hoy día su mas patente aplicación? Ciertamente hemos llegado a un extremo en esto de la reglamentación del que es imposible pasar. Todo se reglamenta, y se hace de una nación, una máquina; pero al mismo tiempo todo se para: se castra la iniciativa privada, la conciencia individual, el respeto al

derecho y el sentimiento del propio decoro y dignidad personal. En una palabra se para la fuerza real que no puede nacer sino de la libertad. Lo único que no se para es la bancarrota, el desastre final y fatal para todos los poderes que intentan establecerse sobre la negación del individuo.

Dice Quesnay: «Todo hombre ha sido dotado por la Providencia con las facultades que posee y esto es lo que le hace ser el propietario de su persona.» Esta es la razón de que ninguna potencia tenga el derecho de atentar contra la existencia de ningún ser humano cualquiera que sea el pretexto que para ello alegue. La base de la doctrina de los fisiócratas es el derecho natural de todo individuo a la vida. ¿Es tan difícil de establecer y respetar este derecho primordial? ¡No y mil veces no! No hay más que condicionar la propiedad territorial, condicionarla con el impuesto sobre el valor del suelo.

En estos momentos en que se multiplican las hecatombes, en que la tierra se riega con sangre humana, es cuando hay que proclamar el derecho natural de todo individuo a su vida, y a los hipócritas que a este derecho oponen las pretendidas «condiciones especiales de nuestra época» hay que responderles con estas palabras de Quesnay: «No hay ni puede haber dos justicias. Lo que era justo en el estado primitivo del género humano lo sigue siendo en el estado de sociedad.»

¡Que las pruebas terribles porque ahora pasan los pueblos los enseñen a ver claro, a dirigirse por sí mismos, a repudiar todo dominio oculto y a comprender, en fin, que la cuestión de la tierra es la cuestión fundamental! ¡Que estos horribles sufrimientos enseñen también a los gobiernos el camino que deben seguir y que en resumidas cuentas nada pueden ganar (ni siquiera la gratitud de los privilegiados) con perpetuar la miseria de los pueblos!

La reforma que espera el mundo es económica en su base: la tierra no puede estar monopolizada por unos cuantos individuos. Si el degradado rey Luis XVI hubiera escuchado los consejos de Turgot, no hubiera sido destronado y no hubiéramos conocido ni el aborto de 1798 ni los ciento treinta años de miseria que le han sucedido ni esta horrible guerra. No puedo menos de pensar que la familia que entonces reinaba en Francia ocupa actualmente el trono de España y que sería una cosa magnífica que un Borbón de nuestro tiempo, reconociendo la grandeza de las ideas fisiocráticas, llevara a cabo la obra que la suerte no permitió realizar a sus antepasados.

Sus esfuerzos perseverantes, mi querido Albendín, alumbran el camino del porvenir, y tengo la completa seguridad de que en breve serán muchos los que atraídos por la lógica de las ideas que resume vuestro lema: «*Justitia Suprema Lex*», se agruparán a su alrededor.

Desde el comienzo de las hostilidades, hemos recibido muchos testimonios de simpatía, tanto de nuestros amigos de España como de los de América latina. Al publicar esta carta, hágame el favor de transmitir bien cordialmente mi agradecimiento y de asegurarles que tenemos el convencimiento en Francia que de esta guerra tan atroz saldrá una era de grandes reformas, de paz real y de libertad verdadera.

Suyo afectísimo

Georges Darien

DIALOGO

—No puedo estar conforme con sus optimistas esperanzas, Don Homobono, a menos que todo nuestro sistema político, y muy especialmente cuanto afecta al problema económico, cambie de dirección y siga otros derroteros que conduzcan, en más o menos breve plazo, al remedio único que resultaría de sustituir todos los actuales impuestos, en su mayoría injustos y vejatorios, y totalmente malos en su aplicación o manera de recaudarlos, por el que gravara o gravitara exclusivamente sobre el valor del suelo, abstracción hecha de las mejoras en él introducidas, llámense estas plantaciones de arbolado, establecimiento de riegos, edificaciones de cualquier clase, construcción de ferrocarriles, etc. Este sería el único justo y equitativo, porque al tomarlo para atender a los gastos públicos, la Comunidad no tomaba nada que no fuera suyo, y con los ingresos del mismo se llegaría, no solamente a cubrir las atenciones públicas indispensables en cada caso puesto que esta transformación simplificaría notablemente nuestra actual y complicada *máquina* administrativa, y anularía muchos gastos que son consecuencia de la mala distribución de riqueza producida, (cárceles, hospitales, hospicios, asilos, etc.) sino que seguramente habría un sobrante capaz de acometer empresas variadas encaminadas a dulcificar nuestra efímera existencia en el mundo de los vivos, dando, con ello, a Dios lo que es de Dios, al trabajo lo que es del trabajo, al capital lo que es del capital y a la comunidad lo que es de la comunidad, y al decir comunidad entiéndase Municipio, Provincia, Región o Estado.

Por eso, mientras todos o la mayoría de los españoles que leen, piensan y discuten no lleguen a enterarse y convencerse de la verdad que encierran las sencillas y hermosas ideas que nos legó el inmortal Henry George, y nos preocupamos solamente de discutir el «Mauri sí» y «Mauri no», y si el torero Fulano es mejor que el Perencejo, y otras nimiedades por el estilo que la prensa periódica, de acuerdo con sus intereses y gusto del público, nos cuenta y comentan en interminables artículos que muy bien pudieran dedicarse a divulgar las ideas antedichas, no habremos conseguido más que algún paliativo y tal o cual reforma que favorece a determinada clase, entidad o agrupación, en perjuicio necesariamente, aunque este sea indirecto, de todos los no favorecidos, y la situación general seguirá empeorando, y la miseria y la pobreza con todo su triste acompañamiento seguirán enseñoreándose y causando víctimas, cerca, tal vez al lado mismo de aquellos a quienes la injusticia social permitió encumbrarse y enriquecerse con lo que Dios creó para todos; y las carcajadas de satisfacción que en sus festines lancen estos pocos favorecidos, apagarán alguna vez el ruido del llanto, las imprecaciones, los quejidos y, quizás el estertor agónico de aquellos que venidos al mundo con iguales derechos a los dones naturales, mueren víctimas de esa misma injusticia social que les impide hacer uso de lo que es de todos.

—Ya salió V. con su Impuesto Unico, con su panacea universal que todo lo cura, todo lo arregla y lo re-

suelve todo a medida del deseo. Por mi parte, confieso ingenuamente, Don Remigio, que aunque lo poco que he escuchado a V. de esas doctrinas no me parece malo, tampoco lo creo tan importante y exclusivo para preocuparse de ello, por varias razones. La primera y principal, es para mí, que no veo las cosas de ese color tan oscuro con que pretende V. pintarlas, y por tanto, no creo necesaria, suponiendo que el Impuesto único resolviera el problema, la aplicación de ese remedio que sin conocerlo, apenas, me parece demasiado radical. Segunda razón: Esos radicalismos los creo capaces de asustar y enfriar a los más entusiastas, con solo que piensen en la revolución tan honda que implica, respecto de la vida social, la implantación de ese procedimiento y las perturbaciones que al aplicarse habría de causar en todas las esferas, órdenes y costumbres. Tercera: Que esas ideas, buenas tal vez en teoría, es posible que en la práctica no dieran el resultado apetecido, como ha pasado recientemente con la supresión del odioso impuesto de consumos, cuyos sustitutivos, sin resultar mejores, arruinan las Haciendas municipales. Cuarta: Los perjudicados con la adopción del Impuesto Unico, aunque sean los menos, son los más poderosos y como ustedes pretenden hacer esa revolución desde arriba y pacíficamente, creo que llevan las de perder, es decir, las de no ver nunca realizados sus propósitos a menos que llamen en su auxilio a las clases más bajas en donde, si bien reconozco que hay mucho bueno y de costumbres sanas y pacíficas, su lastimosa falta de cultura les llevaría a seguir e imitar a los elementos revoltosos, pescadores de río revuelto, como yo les llamo, que nunca faltan, y en ese caso no habría que pensar en revolución pacífica; los acontecimientos se desarrollarían en forma tal que repugnarán a todo hombre de orden, cualquiera que sean sus ideas. Mi última razón es simplemente el egoísmo que me invita a no meterme en libros de caballería, tomar a broma las cosas que puedan causarme disgusto, y pasar los días que me resten de vida lo más a gusto y tranquilamente posible.... De todos modos, y sin que sea mi ánimo persuadir a V. de que vivimos en el mejor de los mundos, no me negaré que vamos progresando y que no hay razón para que unos cuantos mal avenidos vayan predicando a los cuatro vientos que podemos tomar lecciones hasta de Marruecos, y que nuestras costumbres son tan corrompidas, y que el caciquismo y el militarismo lo invaden todo, y que los impuestos que nos agobian no los pagan más que los huérfanos de protección política, y que vamos derechos a la bancarrota, y que muy en breve dejaremos de figurar en el mapa como nación independiente.... total, que se complacen en amargarnos la existencia. No diré que en algo de lo mucho que en ese sentido se charla deje de existir un fondo razonable, pero también creo que no hay motivo para alarmar tauto, y que esos señores que así chillan no lo hacen solo por patriotismo y amor al prójimo. Hagamos, si ustedes quieren, examen de conciencia, prometamos todos enmendar nuestras faltas y salir de nuestra apatía e indiferentismo, aunemos nuestros esfuerzos, y, poco a poco, sin agobios de tiempo, vayamos reformando aquello que creamos malo o insuficiente, y caminemos sin desmayar hasta ponernos al nivel de cultura de las naciones que hoy marchan a la cabeza de la civilización, sin necesidad de grandes sacudi-

das ni convulsiones sociales que siempre llevan consigo las revoluciones, por pacíficas que pretendan hacerse.

—¡Bravo, Don Homobono! Esa apatía de que usted blasona, no existe en hombres que hablan como acaba V. de hacerlo. Usted es un elemento activo y, creo que los caminos que ambos seguimos en busca del bien, ván en la misma dirección y están próximos a encontrarse y fundirse en uno solo. Tal vez, antes de que esto ocurra, el que V. sigue atravesando feraces campos en deliciosa llanura y bordeado de las bellas y aromáticas flores de su optimismo, se torne pendiente y con las arideces y tropezones de mi pesimismo, y quien sabe si el que yo sigo será en adelante menos árido y sin los secos arbustos y salientes peñas en donde voy dejando girones de mis más bellas ideas de otros tiempos. Lo que importa es seguir, seguir siempre adelante, sin desmayos, como decía V. hace un momento, y si nuestro pequeño esfuerzo, nuestro granito de arena aportado en beneficio de la sociedad, ha servido de algo, sentiremos al menos la satisfacción de un deber de conciencia cumplido. Por mi parte no siento nunca cansancio. ¿Quiere V. que hablemos un rato de ideas Georgistas?

—Puesto que ese parece su deseo, no tengo inconveniente alguno en ello si trata V. de explicármelas con ejemplos prácticos, claros y comprobables.

—Precisamente los hay a millares en todas partes, y para su mejor comprobación por V. empiezo por uno cuyos antecedentes deben serle bastante conocidos.

Usted conoce el pueblo de X y sabe que, efecto de la explotación minera que algunos años a esta parte ha ido aumentando hasta adquirir enorme importancia, ha aumentado también en proporciones sorprendentes la población del mismo, y con este motivo se han edificado barrios enteros. Los terrenos sobre que se ha edificado la parte moderna de la población, pertenecían todos ellos a un propietario que los dos conocemos, y su valor, hace aún muy pocos años, era de unas mil pesetas cada hectárea.

—No tanto; nadie se las hubiera pagado entonces á ese precio.

—Más en apoyo mío; pero vamos á suponer que fuera ese su valor en venta por aquella época. ¿Cuándo comenzó la edificación, recuerda V. á como se vendieron aquellos terrenos transformados en solares de la noche á la mañana?

—A cinco pesetas metro cuadrado, la mayor parte.

—Exacto: luego el valor de una hectárea que antes era de 1000 pesetas pasó á ser en muy corto tiempo de 50.000 pesetas. ¿Qué hizo por su parte el propietario ni de qué medios se valió para darle á sus terrenos un aumento de valor tan considerable? Absolutamente nada, puesto que V. sabe que este señor no vivía en aquel pueblo, ni hacía gran caso de aquellos terrenos que apenas le producían, por lo que tampoco pudo influir en que el ensanche de la población se hiciese por aquel lado y no por otro cualquiera.

—Todo eso es cierto, y recuerdo haberle oído expresar su sorpresa al enterarse de que aquellas tierras, por él casi abandonadas, y cuyas rentas apenas si bastaban para el pago de la contribución y gastos de conservación de la casita allí enclavada, tenían un gran valor, á juzgar por las distintas demandas que de ellas le hicieron al mismo tiempo.

—¿Recuerda V. qué extensión superficial de terreno llegó á enajenar?

—Perfectamente; en cuatro años vendió siete hectáreas repartidas en pequeñas porciones, á 5 pesetas metro cuadrado; una hectárea al Ayuntamiento para construcción del nuevo mercado público, á 4 ptas metro cuadrado, y otra hectárea al banquero P... á 4,50 ptas. metro cuadrado; total nueve hectáreas que le produjeron 435.000 ptas. de las cuales invirtió 100.000 en la construcción de veinte casas que le producen una renta de 720 ptas. anuales cada una; 200.000 en acciones del ferrocarril minero, y 100.000 en acciones de minas. Ultimamente ha adquirido nuevas acciones de minas por valor de otras 200.000 ptas., con lo cual se le calcula hoy una renta total de 100.000 ptas que le permiten vivir como un príncipe ruso. Indudablemente es un hombre afortunado en los negocios.

—¿Y V. vé todo eso perfectamente lógico, justo y equitativo?

—¿Y por que nó? Yo no veo delito ni acción punible alguna en todo lo efectuado por nuestro conocido expropietario de los terrenos de referencia que heredó de sus padres y luego ha vendido sin coacciones, amañones ni chanchullos de ninguna especie al precio que buenamente se los han pagado, empleando el producto de su venta en negocios que á su vez le producen, algunos como el de minas, el 20 ó más por 100. En todo ello no veo más que mucha suerte, y creo que la suerte no es ninguna acción delictuosa ni vituperable siquiera.

—Estamos de acuerdo en que nuestro hombre no ha cometido acción ninguna censurable; pero no es ese el camino que debemos seguir. Vayamos analizando. Conformes en que el propietario de los terrenos no hizo nada ni puso medio alguno para que estos llegasen á alcanzar los valores á que se han vendido, debemos indagar la causa de ese aumento de valor y por la misma obtendremos como consecuencia, quién ó quiénes han sido los que han dado el actual valor á aquellos terrenos. La causa ha sido el necesario ensanche de la población por efecto del tráfico á que la explotación de nuevas é importantes minas ha dado lugar, y la consecuencia lógica, que la comunidad, en este caso vecindario ó Ayuntamiento de X, es quien ha dado ese valor actual á los terrenos en cuestión. ¿Lo comprende V. así Don Homobono?

—No señor, no lo he comprendido.

—Insistiremos. Es un punto importantísimo y no debemos pasar adelante hasta quedar completamente de acuerdo. Si no hubiese sido por la explotación de nuevas minas en las proximidades de X, seguramente no hubiera aumentado en tan poco tiempo de manera tan visible y en tan gran proporción como lo ha hecho, el número de habitantes de dicho pueblo, obreros unos y empleados de más ó menos categoría otros, en las minas ó en el ferrocarril minero construido con este motivo. ¿No es cierto?

—Sí señor.

—Usted sabe que se dió el caso de tener que construir chozas en donde vivían amontonadas familias enteras, y hasta de vivir al aire libre, sin más techo, por las noches, que la copa de algún árbol, obreros recién llegados con sus familias. Estos obreros que ganaban buenos salarios, al buscar casas donde habitar, hicieron elevarse enormemente los alquileres de las mismas, y

aunque no quedó rincón en ninguna de dichas casas sin ocupar por inquilinos que vivían, si eso es vivir materialmente hacinados y en pésimas condiciones, tanto higiénicas como de moralidad, una buena parte no pudo albergarse ni aún en esas condiciones, y surgió por tanto la necesidad imperiosa de ensanchar la población. Esta necesidad la sintió, no uno ni dos individuos, sino la colectividad, la población entera que aprestó sus capitales y ahorros más ó menos grandes á la construcción de casas, en lo cual veían, aparte de la necesidad, un negocio lucrativo ó cuando menos un buen medio de inversión de su dinero. ¿No es esto también cierto?

—También es cierto.

—En la elección de terreno poco pudieron titubear, porque los elegidos unánimemente son los más á propósito por todos los conceptos para la edificación, tanto por su topografía como por su orientación, proximidad de canteras de piedra para construcción, etc.

—También esto es cierto.

—Y como consecuencia de todo esto, ¿no vé V. claro que si quien sintió la necesidad de ensanchar la población por efecto del rápido aumento de sus habitantes fué la colectividad ó comunidad, y la misma quien eligió aquellos terrenos para el ensanche, empleando sus capitales y economías en la construcción de casas, es ella misma, la comunidad, quien elevó el valor de aquellos terrenos que de otro modo seguirían valiendo lo mismo que antes?

—Sí señor; estoy convencido de que la comunidad es quien elevó el valor de aquellos terrenos.

—Luego si hemos de dar á cada uno lo que es suyo justo hubiera sido que la comunidad, vecindario ó Ayuntamiento de X hubiera tomado para sí esa plusvalía ó aumento de valor dado á los terrenos, con cuyo importe hubiera podido atender á los gastos de construcción de un mercado en mejores condiciones que el construido, y de instalación de alumbrado, fuentes, alcantarillado y demás mejoras públicas en los barrios recién edificados, aún teniendo que recurrir á un empréstito mayor que el emitido para atender á estos menesteres de la vida social, con el cual han quedado en medianas condiciones y peor dotados dichos servicios, siendo necesario para enjugar la deuda contraída la invención de uno ó varios impuestos como arbitrio municipal que gravan más y más á los industriales, comerciantes y consumidores, mientras con ello solo se ha beneficiado un solo individuo que ni siquiera es vecino del pueblo, y á quien esa injusticia social de que antes hablaba, ó sea nuestra actual legislación, ha permitido enriquecerse especulando con un dón natural creado para todos con idénticos é inalienables derechos á él.

—Permítame V. que le interrumpa. Si el ayuntamiento se hubiera quedado para sí con el importe de ese aumento de valor en los terrenos, claro está que no hubiese tenido necesidad de emitir empréstito alguno para la realización de las obras públicas mencionadas; pero suponiendo que en dichas obras se invirtiera la cantidad total, lo cual no creo aventurado, serían necesarios, si nó nuevos, los mismos impuestos actuales para atender á la conservación de las obras construidas, servicios de higiene y policía, dotación de aguas y energía eléctrica para fuentes y alumbrado público respectivamente, etc., con lo que quedábamos tal como esta-

mos, sin que siquiera hubiese enriquecido una sola persona como ha ocurrido con el actual estado de cosas.

—Me complacen en extremo sus observaciones que demuestran me escucha V. con atención y le interesa lo que hablamos.

Al afirmar que, en este caso determinado que hemos elegido como ejemplo, el Ayuntamiento de X debió darse con la diferencia o aumento de valor dado a los terrenos, no quería decir que inmediatamente hecha la venta debía ingresar en la Caja municipal el importe de aquella diferencia o aumento de valor, aunque en la práctica y haciendo un uso parecido al que ha hecho, del dinero, nuestro improvisado rico, el resultado sería tal vez análogo, y no el argumentado por V. como puede demostrarse fácilmente y V. mismo se lo explicará; quise suponer que el comprador de los terrenos en justicia solo debiera percibir el importe del valor de las mejoras establecidas en el terreno, es decir, de las labores, abonos empleados y existentes en la tierra, muros de contención y otras edificaciones, arbolado, etc., todo aquello en que ha intervenido la mano del hombre y existe en el terreno; pero para mayor claridad y sencillez partiremos del precio mencionado de 1000 ptas. hectárea. La diferencia o aumento de valor debe abonarla ó pagarla el comprador o usufructuario de aquel terreno sobre que ha de edificar o edificado una o varias casas, en forma de interés de este capital, susceptible de variación, casi siempre en aumento, según varíe el valor de los solares, es decir, en forma de impuesto municipal sobre el valor del solar, o sea de IMPUESTO UNICO, con cuya garantía podía el Ayuntamiento haber contratado un mayor empréstito para realizar las necesarias obras en el más breve plazo, y con cuyo importe anual podía atenderse a los gastos de conservación de obras y dotación de servicios públicos por V. mencionados, y al mismo tiempo ir amortizando el empréstito.

—Ahora creo que el optimista es V. Don Remigio. En primer lugar, ¿cómo se calcula y hace efectivo ese impuesto en este caso particular?; y luego, ¿habría bastante con su importe para todas esas atenciones de que hemos hablado?

—Eso es facilísimo de calcular y demostrar; precisamente V. mismo me ha proporcionado un arsenal precioso de datos que conservo en la memoria y que nos han de servir, si V. no se fatiga....

—Lejos de sentir fatiga me interesa cada vez más el asunto, y estoy dispuesto a escucharle hasta que V. se canse.

—Ya dije antes que no siento el menor cansancio cuando trato de dar a conocer estas ideas, únicas justas, únicas salvadoras en opinión de muchos y mía propia, y en el presente caso me anima más todavía ver a V. interesado, casi convencido de la verdad y justicia que encierran dichas ideas.

—Todavía es prematuro lo de convencido; pero no negaré que empiezo a intrigarme y deseo con vehemencia llegar al final de su demostración, deseando hallarla tal como V. la pinta de antemano.

—Pues continúo; pero antes de ello y para facilidad de los cálculos que vamos a hacer, desearía saber qué superficie media aproximada ocupa cada una de las casas edificadas en los barrios nuevos.

—No me es conocida, y sólo recuerdo haber oído que el número de casas nuevas es el de 700 ó algo mas,

y todas ellas o casi todas son de análogas condiciones de extensión, tipo y construcción.

—Perfectamente. Con este dato y teniendo en cuenta que el terreno ocupado por las calles....

—Permítame que le interrumpa para decirle que el terreno ocupado por las calles, una vez trazadas estas sobre dicho terreno, fué cedido graciosamente por el propietario, a cuya fineza correspondió el Ayuntamiento nombrándole hijo predilecto del pueblo, en sesión solemne de aquella Corporación, y dando su nombre a una de las nuevas calles.

—Siendo así, y teniendo en cuenta que en los terrenos adquiridos por el banquero P.... apenas si se ha edificado, resulta que cada casa ocupa una superficie media de 100 metros cuadrados.

Según los datos de que ya disponemos, los compradores han pagado por cada uno de estos solares 500 ptas., quiere decir que ha habido 490 ptas. de diferencia o aumento de valor dado por la comunidad o vecindario.

Tomando como tipo medio de coste de la edificación y del alquiler, los mencionados por V. respecto de las edificadas por el propietario de las tierras, y suponiendo para gastos anuales de conservación, amortización y seguros de cada una la cantidad de 150 ptas. en números redondos, con lo cual no creo quedarme corto. Dijo V. que con 100.000 ptas. edificó 20 casas; luego cada una le costó 5000 ptas. y le produce una renta o alquiler de 720 ptas., de las que deducidas las 150 que asignamos para gastos, queda una renta líquida de 570 ptas. Suponiendo ahora un interés legal, a los capitales, de un 4 %, y con el que nadie tendría inconveniente en emplear el dinero de que dispusiera, obtendríamos por un sencillo cálculo lo siguiente:

Valor del solar	500'00 pts.
Coste de la edificación.	5.000'00 »
Valor total de la finca.	5.500'00 »
Renta líquida que produce la finca.	570'00 »
Rédito al 4 % del capital desembolsado.	220'80 »
Diferencia.	349'20 »

las cuales trescientas cuarenta y nueve pesetas veinte céntimos son rentas infladas por la especulación y monopolio de los terrenos que hacen una escasez artificial de viviendas.

Si se estableciera el impuesto único, no sería posible ese valor en renta tan desproporcionado con el valor en venta y además la comunidad o Ayuntamiento de X entraría en posesión de los valores por ella creados con lo que podía hacer frente a sus gastos y ayudar, con las cuotas que se le señalaran, a los gastos de la Provincia y del Estado.

—Respecto a la recaudación de este impuesto.....

—Pordone otra nueva interrupción. No creo que deberían pagar el mismo impuesto los 820 solares, siendo así que dijimos que en la hectárea vendida al banquero P.. apenas si hay todavía alguna edificación, por lo que ese impuesto debería gravar solo sobre los terrenos en que se hayan construido casas, puesto que el adquirido por este señor nada le produce todavía.

—Celebro esta interrupción que me proporciona la alegría de sacarle del error en que ha incurrido V. con su oportuno razonamiento. ¿Usted sabe para qué compró ese terreno el banquero P...?

—No sé más que en los dos años que lo posee sólo ha edificado en ellos un hotel, y también he oído decir que han pretendido comprarle algún solar sin llegar con él a un acuerdo.

—Exacto. Edificó su hotel para que sirviera de señuelo, de cebo, a otros ricos de X que luego han pretendido comprarle solares para construir en ellos hoteles también, y han llegado a ofrecerle 8 ptas. por metro cuadrado, sin llegar a un acuerdo porque el banquero quiere a 10 pesetas metro; es decir, que adquirió aquel terreno para especular con él, y hasta que le convenga y quiera, está haciendo lo que el perro del hortelano, ni edifica ni deja edificar. Si este señor no hubiera dado por el terreno, ni tuviera tampoco que percibir al enagenarlo, mas que las 1.000 pesetas correspondientes a la hectárea adquirida, no tendría interés alguno en conservarlo vacante, y ya estaría todo él lleno de casas que producirían alquileres iguales o mayores que las otras. Esta suposición podemos afirmarla sin temor a equivocarnos, y por tanto el Ayuntamiento no debería ni podría dejar de percibir por aquel terreno que tiene un valor igual o mayor que el edificado, el mismo impuesto. ¿No vé V. en ese Sr. una ambición desmedida por enriquecerse al amparo de una injusticia social? De modo que compró a 4'50 ptas. el metro cuadrado y pretende venderlo a 10 o mas ptas. con lo que en poco tiempo ganará $10.000 \times 5'50 = 55.000$ ptas. sin exposición ni gasto alguno y solo con la paciencia del gato que espera en acecho a su víctima el ratón; y suponiendo transcurrido un espacio de tiempo de 4 años entre la fecha de adquisición y la de venta de los solares habrá obtenido un beneficio de $122'20\%$ o sea un $30'55\%$ anual. ¡Es natural que no quiera desembolsar mas capital para edificar en sus terrenos! Ello le produciría mucho menos y con mayor exposición que vendiendo los solares. Pero, ¿es justo, es equitativo que se especule de ese modo con un dón natural creado por Dios para todos los hombres con iguales derechos?

—No, no es justo; me ha convencido V. y creo muy equitativo y razonable que esos solares sin edificar debían tributar, aun dentro del sistema actual, por las mismas cuotas que las casas construidas, ya que resulta cierta esa especulación que V. acaba de demostrar y en la cual no había yo reparado hasta ahora ni siquiera sospechado su existencia.

—Dentro del sistema de tributación actual es imposible que sobre esos terrenos grave impuesto alguno, porque ya sabe V. que dicho sistema está basado en la producción, renta o alquiler, que en este caso son nulos porque los citados terrenos o solares no se dedican a nada absolutamente.

—¡Pero si está clarísimo y al alcance de todas las inteligencias lo que V. acaba de demostrar! Convencidos todos de que esos terrenos se dedican a una especulación que produce más que el cultivo y más que alquiler de casas, sin riesgo ninguno, debía señalársele un crecido impuesto, y si no puede ser hoy por el Estado, sea por lo que quiera, que le imponga esa tributación el Ayuntamiento como arbitrio municipal. Yo creo

que esto sí podría y debiera hacerse.

—¡Bravisimo, D. Homobono! Estoy encantado de oírle.

—Y si esto que ocurre en X, sucede, como es lógico, en muchos pueblos, ese arbitrio municipal pudiera ser el principal y aún único sustitutivo de los odiosos consumos cuya supresión tanto da que hacer y que discutir a nuestros gobernantes. Claro es también que al gravar los solares con ese impuesto, seguramente nadie se dedicaría a especular con ellos, y en este caso...

—No habría perros de hortelano, es decir, no habría especuladores de terrenos destinados a la edificación; se edificaría mucho más porque sería fácil y económica la adquisición de solares, y como consecuencia habría trabajo para mayor número de albañiles, carpinteros, herreros, canteros, fabricantes de yeso, cal, ladrillos y demás materiales de construcción; aumentaría el número de almacenistas de maderas y hierros de todas clases y formas, y el de comerciantes de tejidos, ultramarinos, etc.; en fin, el comercio y la industria, en general, libres de trabas y de impuestos, recibirían con ello gran impulso y necesitarían a su vez nuevas edificaciones, con lo cual aumentaría notablemente el valor del suelo edificado, y los que teniendo capital no quisieran pagar mucho impuesto por el suelo; adquirirían terrenos para construir sus viviendas en los extremos de las poblaciones que a su vez irían poblándose y aumentando el valor del suelo más hacia el centro, y así sucesivamente. De esto se desprende que, aunque los gastos públicos de las poblaciones aumentarían por efecto de su crecimiento o ensanche, el mayor valor de los terrenos edificados antes, y el valor de los edificados después, proporcionarían un aumento tal en el impuesto sobre dicho valor, que no solamente bastaría para las atenciones públicas indispensables, sino que permitiría acometer reformas y empresas que hicieran más agradable o menos penosa la vida, asegurarán una buena vejez a los obreros, proporcionarían medios de vida a las viudas pobres y de educación a los hijos de estas, poblarán de árboles muchos terrenos susceptibles de ello que hoy no producen nada, etc.

Ya conoce V. el sencillísimo medio de calcular este impuesto y comprenderá que una vez implantado sobraría la mayor parte de esa enormidad de empleados que actualmente tenemos para calcular y hacer efectivos los impuestos tan bochornosos que ahora agobian al productor, llámese este industrial, comerciante o labrador, algunos de cuyos impuestos se prestan con facilidad a la ocultación, fraude y soborno de empleados mal retribuidos, y en no pocas ocasiones ahogan, digámoslo así, al contribuyente de buena fé, que apenas emprendido su negocio llueven sobre él tal cantidad de contribuciones y multas que le arruinan. Nuestro impuesto, que no gravaría al productor, sería muy fácil de recaudar y tan igualitario, que una vez implantado y conocido por sus efectos, sería pagado fácilmente, y si no con gusto porque a nadie gusta pagar contribución alguna, sin la menor protesta por parte de los contribuyentes. Como el valor del suelo es una cosa imposible de ocultar, con nuestro sistema evitábamos toda ocasión de fraude y soborno; y sobre todo repito, con ese impuesto no tomaría la comunidad nada de nadie, sino solamente aquello creado por ella misma, lo que es de todos, y por tanto lo UNICO que debe servir para

atender a los gastos públicos que a todos benefician en una comunidad bien administrada.

—Efectivamente, esas ideas que apenas voy entendiendo me parecen muy justas y cautivan mi atención; deseo conocerlas bien y, sin perjuicio de escuchar a V. con mucho gusto siempre que a bien lo tenga, quiero leer y estudiar detenidamente aquellas obras que V. me recomiende, esperando ser pronto un auxiliar de su incansable propaganda si, como presiento, soy uno de los convencidos.

—Mi satisfacción es inmensa por haber ganado un adicto más a la causa de la justicia, y sus deseos no podían ser más pronto satisfechos; aquí tiene V. un ejemplar de «PROGRESO Y MISERIA» que llevo siempre conmigo; es la mejor, si en ellas cabe mejoría, de las obras del inmortal Henry George.

—Muchas gracias D. Remigio, y hasta cualquier día que buscaré a V. para hablar de lo mismo.

—Hasta cuando V. guste, D. Homobono.

José M.^a Esteban Pérez.

UN SUEÑO

Alegoría del Rev. Dr. Abner Thomas, de Nueva-York citada en el discurso «Venga a nos el tu reino», pronunciado por Henry George en Glasgow el 28 de Abril de 1889.

Era el atardecer de un fatigoso día. Contrariado y cansado por muchos cuidados, y después de ver que mis cuatro pequeñuelos estaban arrebujados en sus limpias y cómodas camitas, me senté en mi sillón de brazos, que es de mi exclusiva y particular propiedad. Traté de leer un poco, pero estaba tan cansado, que me dormí y soñé:

Me hallé en un pequeño bote sobre un gran río. Nubes de oscuridad me rodeaban por todas partes; el cielo no tenía estrellas y el agua sobre la cual navegaba estaba turbulenta y negra como tinta. Una forma sombría estaba a proa, y con un solo remo y dando fuertes remadas me impelía. En medio del silencio y la oscuridad, y con un sentimiento de dócil sumisión a cualquier cosa que pudiese ocurrir, iba navegando sobre el río de la muerte.

Por fin llegué a donde la luz era mejor, y el aire más suave y más dulce de lo que lo era a la orilla del río.

Poco a poco el cambio se hizo más pronunciado. Los árboles de los lados eran más numerosos; el follaje más verde, y me llené de alegría al verme en la agradable tierra a la cual había sido conducido. El camino todavía continuaba ascendiendo, pero la luz aumentaba como el amanecer de un día de verano, se hacía más intensa aún que las glorias del sol, hasta que me apercibí de que estaba a corta distancia de la grande y maravillosa ciudad de donde procede la luz que ilumina las naciones. Ante mi presencia estaban las puertas de perla, y a cada lado del camino se veían las cruces y cargas de multitudes de viajeros que habían pasado antes.

Mi corazón se hallaba entonces lleno de gratitud, porque yo me dije: «Aquí veré y conoceré a mi padre, con cuyo cuidado me ha protegido siempre, y aquí hallaré descanso». Y así, con impaciente ansiedad por participar en el canto de alabanzas y elogios, llamé a la gran puerta en demanda de admisión.

La puerta fué inmediatamente abierta por un hombre cuyo rostro brillaba con la gloria de una tierna afección por sus semejantes y de cuyos hombros surgían dos blancas alas, que al cerrarse eran bastante largas para alcanzar hasta el suelo.

—¿Quién eres y de dónde vienes? — me preguntó.

Le dí mi nombre y le dije que venía de mi tierra.

Entonces me invitó a entrar, y por poco me quedo ciego al ver las bellezas de la mansión celestial. Mi nuevo amigo me pidió que entrase con él a su despacho para registrar mi nombre, y después de esto, me rogó que me sentara con él un rato.

—Tú estarás aquí muchos años—dijo—y es importante que procedas con corrección, particularmente en lo que se refiere a costumbres sociales. Debes ser muy cuidadoso en lo tocante a la adquisición de relaciones, y no debes cultivar la amistad con ángeles poco dignos.

(CONTINUARÁ)

NOTAS Y COMENTARIOS

Trampa adelante

Sabido es el deplorable estado de la hacienda pública de nuestro país donde, por el régimen tributario y el proteccionismo, nos encontramos en situación precaria con una deuda que pasa de 12000 millones y un presupuesto de gastos que llega a los 1600 millones, imposible de cubrir dado el absurdo régimen actual.

La guerra ha paralizado la industria y el comercio; los ingresos de la Aduana disminuyen cada vez más. Por todo esto el déficit pasará de 500 millones de pesetas.

La mitad de lo que recauda el Estado se lo llevan los intereses de nuestra Deuda. Es decir: yo que nací el 74, trabajo y pago contribución por sostener la 1.^a guerra civil, la 2.^a, la 3.^a, la expedición a Méjico, la reconquista de Santo Domingo, la batalla de Alcolea y todas las locuras que a mis abuelos y a mis padres se les antojó hacer además de las hechas en nuestro tiempo, las guerras de Cuba, Filipinas y Marruecos.

Nuestros hijos y nuestros nietos si son tan tontos como nosotros seguirán pagando todo eso, los intereses de todo eso, por honor nacional, teniendo hipotecada la patria.

Todo está lleno de absurdos como este que producen la miseria general y cuyas estragos se contemplan con la mayor indiferencia rayana en el idiotismo.

Las 97 multas que se pagan por vivir en Madrid.

La lista de los impuestos municipales de Madrid asusta. Son noventa y siete, que parecen inventados con el exclusivo objeto de multar y mortificar al vecino. Son noventa y siete, sin contar los recursos legales para cubrir el déficit, que es donde figuran los sustitutos, los arbitrios extraordinarios y las cédulas personales. Noventa y siete impuestos que forman una red tupida, inextricable; que exigen secciones, negociados, funcionarios a granel; que malhumoran al contribuyente, porque observa que todo está tocado por la varilla antipática del fisco. Noventa y siete motivos para formar estados, informes, escribir oficios, hacer matrículas, formular notificaciones, conminar, apremiar, traer y llevar a los habitantes de la villa.

Y en muchos de los casos, ¿para qué tanto mareo, tanta exigencia, tanta complicación? Para nada, porque el Ayuntamiento, de varios de esos impuestos, solo recoge unas miserables pesetas. Por de pronto, de los 97, 65 han producido menos de lo previsto y algunos de ellos producen solo para pagar los gastos de su recaudación.

Entretanto permanece intacto el valor que crea el pueblo de Madrid para satisfacer las necesidades de su presupuesto y que a nadie se le ocurre reclamar a pesar de ser tan patente y público que raro es el día en que los periódicos no publican algunos datos sea por expropiaciones, ventas, etc.

Recientemente se ha publicado el siguiente anuncio en unode los diarios madrileños de mayor circulación:

SE VENDEN ESTOS SOLARES

Cinco parcelas resultantes del derribo de la manzana comprendida entre la Puerta del Sol y las calles del Arenal, Mayor y Travesía del Arenal.

Parcela núm. 1.—Mide 524,10 metros cuadrados, á ptas. 1.352,40 metro.

Parcela núm. 2.—Mide 417,97 metros cuadrados, á ptas. 1.288 metro.

Parcela núm. 3.—Mide 372,20 metros cuadrados, á ptas. 1.223,60 metro.

Parcela núm. 4.—Mide 607,26 metros cuadrados, á ptas. 1.416,80 metro.

Parcela núm. 5.—Mide 574,31 metros cuadrados, á ptas. 1.416,80 metro.

Esto da idea de lo que vale el suelo de Madrid y de como si entrara en posesión de él su legítimo propietario, se acabarían las vejaciones que á la industria, al comercio y á los particulares inflingen los 97 inícuos y escandalosos impuestos que soporta y padece el pueblo de Madrid.

La propaganda en Málaga

El Comité ejecutivo de nuestra Liga se constituirá todos los Viernes a partir del 2 de este mes a las 9 de la noche en el Salón de actos de la Asociación de Dependientes de Comercio Calle de San Juan de los Re-

yes número 12 para abrir tribuna pública de controversia, después de la lectura de cada capítulo del libro «Progreso y Miseria».

Se establecerá un turno de objeciones que serán contestadas por los socios de la Liga.

El tiempo invertido en cada discurso se limitará a 20 minutos como máximo, ampliadores por 10 minutos a petición del orador.

Esperamos que estos actos se verán muy concurridos ya que ofrecemos al público esta ocasión para ayudar a comprender nuestras doctrinas que de modo tan sencillo resuelven el pavoroso problema social.

Folleto recibidos

Programa de los Juegos Florales organizados para esta primavera por el Ateneo de Sevilla.

Tema 4.º — El derecho de propiedad y la fisiocracia moderna. Aplicación de esta doctrina al problema económico de la provincia de Sevilla.

Premio: Un reloj de cartera, regalo de S. A. R. la Srnma. Señora Infanta Doña Isabel de Borbón.

Jurado: Señor Presidente de la Sección, don Salvador García y Rodríguez de Aumente, ilustrísimo señor don Estanislao D'Angelo y don Manuel Meana (Secretario).

Tema 5.º — Proyecto extraordinario de ingresos con los que el Ayuntamiento de Sevilla podría sustituir, en condiciones de normalidad económica, el de consumos.

Premio: 500 pesetas, donativo de don Ildefonso Marañón, Diputado a Cortes, y un objeto de arte, regalo del excelentísimo señor don Carlos Cañal, Presidente honorario del Ateneo.

Jurado: Don Francisco del Castillo, ilustrísimo señor don Miguel Bravo Ferrer (Secretario).

Renovación de suscripciones

Rogamos a los Sres. socios y suscritores que renueven sus cuotas, a la expiración del plazo, con la necesaria anticipación para evitar interrupción en el envío del periódico.

Los de la Península pueden hacer sus remesas por giro postal o sellos de correos, pues no teniendo correspondientes administrativos, es imposible cobrar a domicilio.

Confíando en que atenderán este ruego, entenderemos que se da de baja todo socio o suscriptor que no renueve su cuota al expirar el plazo, mientras no recibamos aviso en contrario.

Bibliografía georgista

Pesetas

Progreso y Miseria, un tomo	1.00
Del modo de hacerse rico sin trabajar (2.ª edición)	0.10
Los fisiócratas modernos.	0.50

Extracto de «Progreso y Miseria»	0.25
El Credo del Georgismo	0.50
El A. B. C. de la Cuestión de la Tierra (2.ª edición)	0.25
Extracto de «La Ciencia de la Economía Política».	1.00
«No robarás»	0.10
«Venga a nos el tu reino»	0.10
«Moisés»	0.10
Ganancias mezquinas, sueldos escasos y salarios ruines	0.25
Panegíricos en los funerales de H. George.	0.10
Hoja número 1. — Manifiesto de la Liga, el ciento	2.00
Hoja número 2. — El Impuesto único explicado por Henry George, el ciento	2.00
Hoja número 3. — La gran batalla del trabajo, el ciento	2.00
Hoja número 4. — Prólogo de «Progreso y Miseria» el ciento	2.00
Hoja número 5. — Estatutos de la Liga	1.00
„ „ 6. — La canción de la tierra	0.50
„ „ 7. — La cuestión de los tranvías	2.00

De varias casas editoriales

Problemas sociales, 1 tomo	1.00
«La condición del trabajo», y «Pobreza y descontento», 1 tomo.	1.00
¿Protección ó librecambio? 1 tomo	6.00
La Ciencia de la Economía Política, 1 tomo	10.00
Henry George, su vida y su obra, 1 tomo	3.50
La esclavitud proletaria, 1 tomo.	3.50

L É A S E

“PROGRESO Y MISERIA”

Edición de la Liga Española para el Impuesto Unico. Traducción de D. Magín Puig. La única autorizada y revisada por el autor.

Un tomo, una peseta. En el extranjero, 1.50 pesetas.

EL IMPUESTO UNICO

Precios de Suscripción por un año

Península	1,50 pesetas
Argentina	1 peso m/n
Demás países	2 francos
Número suelto, 10 céntimos.	

Número atrasado, 50 céntimos.

Nota.—No se sirven pedidos ni suscripciones que no vengan acompañados de su importe.

OFICINAS:

PLAZA DE LA ALHÓNDIGA, 9

MÁLAGA

Zambrana Hermanos, Impresores. Málaga